



STOCKHOLMS KATOLSKA STIFT
DIOECESIS HOLMIENSIS

Carta pastoral para la Cuaresma 2024

Queridos hermanos y hermanas de la diócesis de Estocolmo:

" ¡Impuro!, ¡Impuro!" es el grito de un leproso según la primera lectura de hoy del Levítico (cf. 13,45). Todos estamos afectados por la lepra del pecado y necesitamos desesperadamente la purificación y la salvación. Al mismo tiempo, a menudo tenemos dificultades para ver nuestra propia necesidad personal del amor salvador y purificador de Jesús. Por la influencia del pecado original, como Jesús mismo indicó, nos resulta más fácil ver la impureza de los demás. La paja en el ojo ajeno es siempre más fácil de ver que la viga en nuestro propio ojo (cf. Mt 7,3). La Cuaresma es la generosa oferta de Dios a cada uno de nosotros para que descubramos anualmente nuestra propia viga, nuestro propio pecado, nuestra infinita necesidad de ser purificados y salvados por la gracia de Dios. Año tras año, la Iglesia nos brinda esta maravillosa oportunidad de renovarnos, para que podamos recibir la vida nueva y la gracia de la Pascua que puede transformarnos. Reconocer nuestra necesidad de esto es una de las mayores gracias que Dios puede darnos. Consternarnos por los pecados del mundo y de los demás no nos llevará a ninguna parte. La humilde autoconciencia de nuestra propia debilidad y complicidad en el alejamiento del mundo de Dios es algo que podemos compartir con los santos. Cuando una santa como Teresa de Ávila puede decir honestamente de sí misma que es la mayor pecadora del mundo, nos parece una exageración. Sin embargo, a todos nos vendría bien una mayor dosis de conciencia de pecado, de modo que veamos nuestra propia necesidad del perdón y la gracia de Dios para abrirnos de verdad a lo que Dios quiere hacer con nosotros. Todos podemos anhelar la bienaventuranza que encontramos en los Salmos: "Dichoso aquel cuya ofensa ha sido perdonada" (Salmo 32:1). A través del sacramento de la reconciliación esto se hace realidad.

Dios hace salir su sol sobre buenos y malos. Dios ama a cada persona que ha creado a su imagen y semejanza. No importa lo aparentemente depravada y atascada en el pecado que pueda estar una persona, Dios quiere purificarla y salvarla. Por eso hablamos de la voluntad universal de Dios de salvar. Al enviarnos a su Hijo unigénito y permitir que se sacrificara en la cruz por nuestra salvación cuando aún éramos pecadores, se ha revelado el amor sin límites del Padre por nosotros. Él permite que su bondad y bendición descansen sobre todos nosotros, más aún, que fluya continuamente sobre nosotros, sin importar quiénes seamos o lo que hayamos hecho. La Iglesia está llamada a administrar y distribuir este tesoro de amor salvífico y purificador. Así como Jesús ha venido por los pecadores y su conversión, la Iglesia, su Cuerpo místico, es el instrumento del que se sirve para llevar su gracia y su bendición a nosotros, pecadores, y a nuestro mundo herido. Ninguno de nosotros puede hacerse merecedor de todo esto. Es sólo gracia. "Todo es gracia", dice Teresa del Niño Jesús. Antes se hablaba de "peligro de pecado"

para referirse a nuestra infinita necesidad de gracia. Ese "peligro" puede convertirse en "gracia". Una letra pequeña puede cambiarlo todo¹.

"Haznos por la gracia dignos de ser tu morada", rezamos en la colecta de hoy. Debemos ver toda nuestra vida como un proceso de transformación. Con infinita paciencia, Dios nos da su gracia y su bendición para que seamos cada vez más dignos de ser su morada. Con el bautismo, lo ha hecho de antemano, pues entonces ya nos convertimos en templo santo del Espíritu, en el que Dios uno y trino habita en toda su realidad. Esta es una de las grandes paradojas de la fe. Dios confía tanto en nosotros y nos ama tanto que nos da desde el principio esta dignidad que supera todo lo que cabe en nuestra imaginación más descabellada: que seamos una morada santa, un templo donde habita Dios mismo.

Una y otra vez la Iglesia, como madre tierna y buena que es, nos recuerda nuestra llamada a la santidad. Como el leproso del Evangelio, todos debemos caer de rodillas y rezar: "Si quieres, puedes limpiarme" (Mc 1,40). Sabemos por la fe que el mayor deseo de Jesús es hacernos limpios y santos. Sólo tenemos que aceptar su gracia, seguir sus mandamientos y dejar que nos transforme. Parece fácil, pero puede costarnos sangre, sudor y lágrimas. El pecado no suelta fácilmente su garra sobre nosotros. Todo el cuidado pastoral y maternal de la Iglesia consiste en comunicarnos la gracia y la bendición de Dios para que podamos dejar que el Espíritu Santo se mueva libremente dentro de nosotros. Se trata siempre de un proceso profundamente personal. Nunca podremos convertir a los demás, por mucho que lo deseemos. Pero con la gracia de Dios, podemos convertirnos a nosotros mismos, paso a paso. Cada vez más, la gracia santificante puede penetrar en nuestros oscuros recovecos y disipar las brumas del pecado, la suciedad arraigada del egoísmo y romper la tiranía del amor propio. Cada vez más podemos abrirnos a la luz, la luz de la vida nueva y de la Pascua. Cada vez más podemos disipar las tinieblas del pecado y expulsar el mal. Jesús nos anima constantemente: "¡Quiero! Queda limpio!" (Mc 1,41).

Durante nuestra ardua peregrinación por el camino de la santificación, necesitamos constantemente la gracia de Dios, la bendición y la ayuda materna de la Iglesia, y la intercesión de la Virgen María y de los santos. Una y otra vez debemos refugiarnos en María, a quien veneramos como "refugio de los pecadores". Ella es la única siempre pura e inmaculada, completamente ajena al pecado. En Ella nos hacemos una idea de lo que significa estar completamente libre de pecado. Ella quiere ayudarnos e inspirarnos para que acojamos la gracia de Dios y nos dejemos liberar de nuestro pecado. Como Madre de la Iglesia, quiere ayudarnos a todos en la Iglesia a recorrer el camino de la santificación. Sabemos por dolorosa experiencia que todos los miembros de la Iglesia, excepto Ella, somos pecadores. Sufrimos porque nuestro pecado personal oscurece la belleza de la Iglesia y su capacidad de llevar el mensaje de salvación a nuestro mundo plagado de violencia y guerra. Por eso, pedimos la intercesión y el apoyo de la Virgen María, para que, viviendo santamente a imitación de Jesús, ayudemos a los hombres a abrirse a su gracia. Cada vez que recibimos la bendición, podemos renovar nuestra entrega al Dios Trino, que quiere compartir su santidad con nosotros. Por eso, rezo por vosotros y os doy toda mi bendición para ayudaros a dejar atrás todo pecado y a seguir a Jesús con alegría y gratitud, a amar a Jesús y a alabarle en todo lugar y en todo momento.

Estocolmo, 2 de febrero de 2024

+Anders Arborelius ocd

¹ "Nöd" y "Nåd", en el original.